

fidelidad al Señor nos hacía pensar siempre en un teatro de servicio, de calidad y de grandes valores humanos.

Agradecemos de corazón tu bondad, tu trabajo y tu amistad como un ejemplo de mujer de teatro que dio gran parte de su vida para engrandecer la Escuela de Teatro de la Universidad Católica.

Por esto y por tantas cosas más, la Escuela de Teatro te recordará y te agradecerá siempre con el cariño entrañable que te mereces.

Consuelo Morel Montes
Profesora Titular UC

A la memoria de Paz Yrarrázaval

Soy de la generación que conoció a Paz cuando recién se hacía cargo de la dirección de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica, a principios de los años 80, después de la muerte de don Eugenio Dittborn, a quien, lamentablemente, no alcancé a conocer.

Tengo imágenes de su llegada y de su presentación: una señora fachosa, buenamoza, de voz ronca, seria y severa a quien tuvimos por momia y que descalificamos sin mayores reflexiones.

Pero las relaciones humanas se construyen por encima de los prejuicios y se dan maña para superar estas primeras impresiones. Paz Yrarrázaval comenzó a hacernos clases y a compartir con nosotros y naturalmente fue cambiando nuestra impresión de ella.

En poco tiempo se hizo querer y respetar.

Era una mujer de principios fuertes e ideas claras, pero no correspondía en absoluto con la idea que nosotros nos hacíamos, en esos tiempos, de una mujer como ella.

Paz era una persona libre y singular, reflexionaba cada una de sus acciones y obedecía a una escala de valores personal, desde donde elaboraba sus conflictos éticos y construía sus respuestas originales.

Nada era cualquier cosa para Paz Yrarrázaval; tenía una forma de ser propia, idéntica solo a sí misma. Comer en el casino con ella era una ceremonia elegante y sencilla, en la que mantenía sus modales educados por encima del tráfago de estudiantes y el desorden de las mesas. Observarla era intuir un Chile diferente, austero y educado, sencillo; donde las cosas están bien

hechas, donde todo se construye en el encuentro entre las personas, en el diálogo directo y sincero.

Porque Paz Yrarrázaval, además de su fe católica y tal vez por ella misma, era una persona esencialmente humanista. Conocía y quería a las personas y a partir de ese conocimiento fundaba su amor por el arte y por el teatro.

El teatro era para ella el lugar donde se podía comprender, mejor que en ninguna parte, al ser humano, conocer las razones de sus conductas, desentrañar la causa de sus acciones.

Concedía gran importancia a la dramaturgia y a su capacidad de crear mundos. Miembro permanente en la comisión de repertorio del Teatro de la Universidad Católica, era una lectora exigente. Buscaba en un texto su capacidad de dar luces, de ayudar a comprender, de emocionar, de problematizar, de desentrañar el sentido humano más profundo en los personajes y conflictos que presentaban. Quería desarrollar la dramaturgia y promover el arte en los niños y los jóvenes. Fue una impulsora de proyectos, corría riesgos y confiaba en los jóvenes.

Tenía un compromiso y una consecuencia ejemplar, matizadas por un sentido del humor inteligente que la hacía reírse de nosotros y de sí misma y guardar una distancia irónica de la autoridad de cualquier naturaleza.

Como profesora de voz Paz nos enseñaba a proyectar la voz del personaje, cuidarnos las cuerdas vocales y no ahogarnos en las grandes tiradas. No tenía una técnica elaborada, ni nos hacía demasiados ejercicios

físicos. De hecho, era tan singular que fumaba mientras nos enseñaba a respirar, lo que dio lugar a más de una broma.

Pero poner al estudiante en paradoja es facultad de los maestros y Paz Yrarrázaval transmitía su experiencia y nos enseñaba a pensar: tenía la comprensión de texto más aguda que yo haya conocido. Sabía, como solo lo he visto en Alberto Vega, interpretar un texto a la primera lectura: descubrir las ideas principales, los matices de una idea, sus derivadas y variantes; sabía descubrir los objetivos de los personajes, los subtextos. No se perdía jamás de lo importante. Leía las líneas y entre las líneas.

Las clases de Paz Yrarrázaval no eran solo clases de técnica vocal; eran clases de lenguaje y de comprensión del texto. Nos ayudaba a interpretar los personajes impulsándonos a conocer a las personas, enseñándonos a escuchar, a ponernos en el lugar de ese otro que es el personaje, imaginando sus circunstancias, descubriendo su drama interno y el sentido de una experiencia –que en la mayoría de los casos nos quedaba grande–, pero que humildemente nos impulsa a comprender.

Recuerdo especialmente un ejercicio: Paz Yrarrázaval nos pedía exponer un tema. Solo nos daba dos o tres indicaciones y nos hacía registrar en video. Una experiencia pavorosa para muchachas y muchachos de veinte años que todo lo que tienen que decir se reduce a dos o tres ideas generales. Pavorosa porque implicaba enfrentarse al desafío de desarrollar una idea, de explicarla, de encontrar lo que verdaderamente pensábamos y aquello que podíamos afirmar como algo propio y personal.

Creo firmemente que es con este ejercicio –con sus preguntas irónicas y sus conclusiones de sentido– que Paz Yrarrázaval se convertía en la maestra que recordamos, no solamente las varias generaciones de actores y actrices que la tuvimos de profesora, sino también las varias



generaciones de teólogos, abogados, curas, profesores y otros tantos profesionales que tomaron sus cursos de adiestramiento vocal para oradores.

Hoy día que ya no está cerca para hacerle esas preguntas fundamentales, lo veo claro: no se trataba de simples clases de voz; se trataba de hacernos encontrar UNA VOZ, un lugar desde donde construir una identidad propia que se expresa en un decir y en un comunicar algo claro y consecuente.

Con sus ejercicios de apariencia sencilla nos desafiaba a poner en consonancia las ideas y los sentimientos, a situarnos armoniosamente, relajadamente al interior de nosotros mismos, a decir lo que éramos capaces de decir, aquello que habíamos reflexionado, sobre lo que teníamos una opinión fundamentada y original. Pienso que no existe mejor enseñanza que pueda dejarnos una maestra de voz.

Brindemos a la memoria de Paz Yrarrázaval y pongamos su retrato junto a los grandes de nuestra Escuela.

Inés Stranger
Escuela de Teatro UC